

ALFONSO RANGEL GUERRA

ALFONSO REYES Y SU IDEA DE LA HISTORIA

SOBRETIRO DE LA REVISTA UNIVERSIDAD No. 14-15



FQ7297
.R386
Z832
Ej.2

MONTERREY, N. L.

1957

RQ7297

.R386

Z832

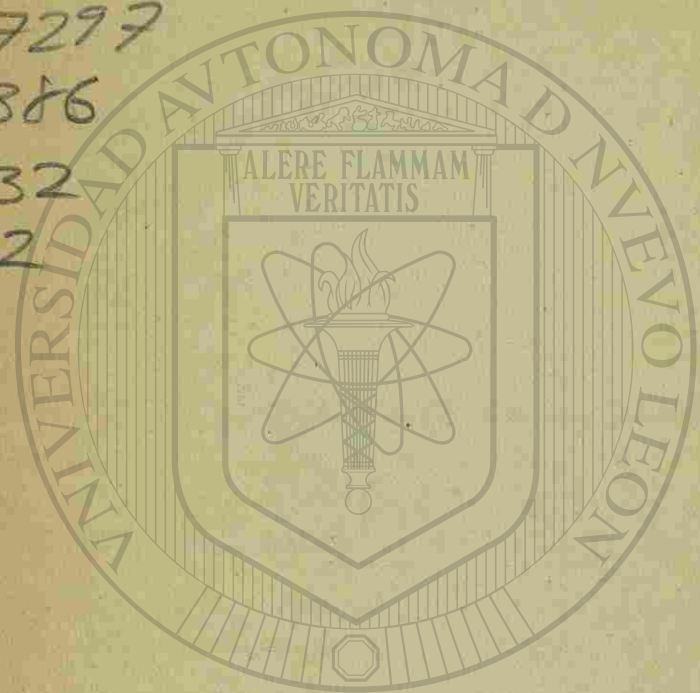
Ej.2

0120-03860



1020111709

PQ7297
.R386
Z832
E.2



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO UNIVER I ARTO

37443

Para la Biblioteca "Alfonso Reyes" de la Universidad de Nuevo León Montreuil, N.L., Abril 11 de 1957
Alfonso

ALFONSO REYES Y SU IDEA DE LA HISTORIA*

Alfonso RANGEL GUERRA

CUANDO se me pidió una conferencia para tomar parte en este Ciclo Alfonsino, dedicado a exaltar la vida y la obra de nuestro máximo escritor, acepté la propuesta, sabiendo de antemano que la labor sería quizá muy superior a mis fuerzas. Pero no pude negarme, me ví empujado por la admiración y estimación que tengo para este regiomontano ilustre. Buscando algún aspecto de su obra para tratarlo en forma aislada, decidí enfocar esta plática sobre las ideas o reflexiones relativas a la historia y sus problemas que ahí pudieran encontrarse. El resultado son estas páginas, donde no hay más que apuntes y notas, pues el verdadero trabajo queda para los estudiosos que lleguen a ocuparse de este capítulo tan interesante de nuestro hombre de letras.

Quizá he abusado al poner al frente este título: "Alfonso Reyes y su idea de la Historia", pero a mi me servirá como punto de partida para iniciar la marcha, que ya después me tomaré la libertad de seguir caminos laterales, volver y desandar lo andado, detenerme en aquellos puntos que nos ofrezcan

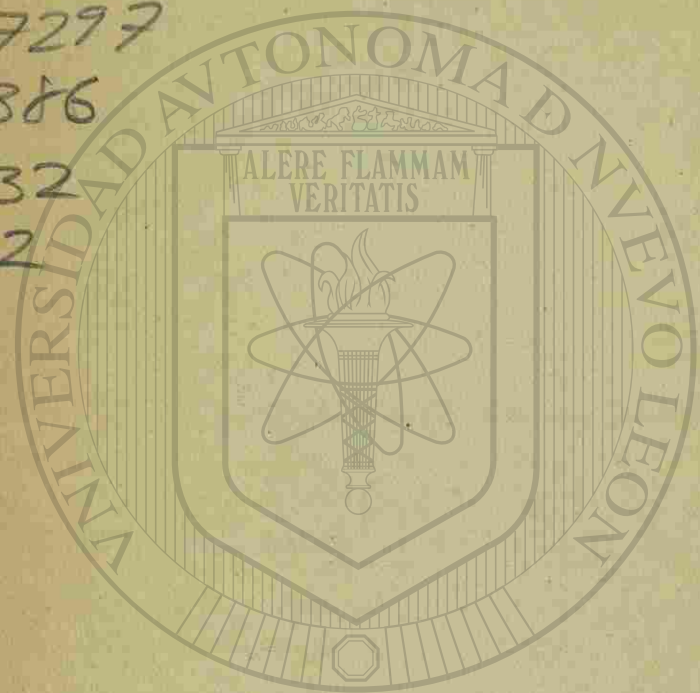
* Conferencia leída por su autor el 5 de Agosto de 1955, en el Ciclo Alfonsino que organizó la Escuela de Verano de la Universidad de Nuevo León para celebrar el Jubileo Literario de Alfonso Reyes.

0120-03860



1020111709

PQ7297
.R386
Z832
E.2



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO UNIVER I ARTO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

37443

Para la Biblioteca "Alfonso Reyes" de la Universidad de Nuevo León Montemayor, N.L., Abril 11 de 1957
Alfonso

ALFONSO REYES Y SU IDEA DE LA HISTORIA*

Alfonso RANGEL GUERRA

CUANDO se me pidió una conferencia para tomar parte en este Ciclo Alfonsino, dedicado a exaltar la vida y la obra de nuestro máximo escritor, acepté la propuesta, sabiendo de antemano que la labor sería quizá muy superior a mis fuerzas. Pero no pude negarme, me ví empujado por la admiración y estimación que tengo para este regiomontano ilustre. Buscando algún aspecto de su obra para tratarlo en forma aislada, decidí enfocar esta plática sobre las ideas o reflexiones relativas a la historia y sus problemas que ahí pudieran encontrarse. El resultado son estas páginas, donde no hay más que apuntes y notas, pues el verdadero trabajo queda para los estudiosos que lleguen a ocuparse de este capítulo tan interesante de nuestro hombre de letras.

Quizá he abusado al poner al frente este título: "Alfonso Reyes y su idea de la Historia", pero a mi me servirá como punto de partida para iniciar la marcha, que ya después me tomaré la libertad de seguir caminos laterales, volver y desandar lo andado, detenerme en aquellos puntos que nos ofrezcan

* Conferencia leída por su autor el 5 de Agosto de 1955, en el Ciclo Alfonsino que organizó la Escuela de Verano de la Universidad de Nuevo León para celebrar el Jubileo Literario de Alfonso Reyes.

atractivos, ya que, finalmente, un tejido nos lleva a otro en esta red maravillosa que es la obra de Alfonso Reyes.

Alfonso Reyes posee el secreto de la sabiduría, y ha sabido verter, junto a lo fuerte y agrídulce, el gusto de los vinos generosos. Así, es común verle sobre fichas y documentos para alcanzar ediciones críticas de clásicos castellanos, o buscando la palabra poética capaz de descubrir los viejos secretos del lenguaje; atravesar los áridos campos de la erudición sin perder en el camino las personales prendas, y ofrecer a sus lectores —que son sus amigos— frente a las notas del estudioso, las que provienen de los rincones de su espíritu. Resultado de esta equilibrada arquitectura interior es toda su obra, que cubre ya medio siglo de las letras mexicanas.

¡Cómo no reconocer que estamos frente a un caso singular, frente a un espíritu que todo lo interroga y lo lleva, con el hilo de Ariadna que es su pluma, a los escenarios del pensamiento! Ahí se recrea Alfonso Reyes; ahí toma su existencia el ritmo normal, el pulso que regula la respiración de su alma, como él mismo dijo hace ya mucho tiempo.

Para penetrar en este recinto y poder disfrutar todo lo que en él se nos ofrece, tendremos que acercarnos con espíritu propicio, dispuestos a tomar apoyo en las calladas insinuaciones, en el razonamiento robusto, en la imagen temperada por la palabra. Haremos así el viaje guiados por su mano, que al fin y al cabo, a través del coloquio silencioso, la obra escrita se completa en el lector.

* * *

Detengámonos pues en una de las alas del vasto edificio. Aquí, Alfonso Reyes abre una ventana a la historia. Con esto no queremos decir que, en estricto sentido, sea un historiador, pues no se ha dedicado al estudio metódico y a la investigación del pasado; tampoco trata de desentrañar, mediante la interpretación de documentos y otros elementos auxiliares para el que se ocupa de estos menesteres, las dudas o lagunas que cubran alguna época histórica. Lo ha hecho alguna vez, pero lo que hace es proyectar su pensamiento hacia estas regiones porque su innata curiosidad le lleva a tratar de lograr por cuenta propia la iluminación de lo que pueda encontrarse en la oscuridad, o lo que por su atractivo incite a ser manejado de nuevo. Esta fuerza lo empuja ya sobre la Troya homérica, ya sobre la historia misma an-

tes de Herodoto, ya sobre las causas que produjeron la descomposición del Imperio Romano, ya, en fin, sobre problemas que nos tocan más de cerca, como el descubrimiento de América. Y si en estricto sentido, como decimos, no es un historiador, sí es un hombre inquisitivo, sin barreras que le impidan acercarse a los problemas de la historia.

Desde su mirador observa los rumbos que toma el suceder humano, alcanza con su vista lo que ya se ha dejado atrás, y apunta sus observaciones. Este suceder, que se realiza para ya no volver a repetirse, para no dar ni un solo paso atrás, es lo que le hace ver la historia como algo patético, "irreversibilidad de las cosas siempre en marcha, con su rugido de Nilo en creciente que no sufre márgenes ni orillas." (1)

La perspectiva —nos dice— produce inevitablemente cierto error o convención óptica. La línea que se traza desde el observador al objeto observado sufre necesariamente la intromisión de las circunstancias, que nunca son idénticas para todos los pueblos y todos los hombres. Por eso, dice en otro capítulo de sus observaciones, en extremo rigor, las representaciones del tiempo y del espacio suelen llegar a la mente torcidas y refractadas. El conocer histórico, en este caso, parece que se nos vuelve un imposible, algo como una visión lejana fuera de nuestro alcance; y detrás de todo esto, una serie de consecuencias, como serían nuestra limitación a una dimensión temporal, la renunciación a nuestro pasado, y, porqué no, al derecho a olvidar, necesario para poder vivir, según dijera Antonio Caso recordando al filósofo alemán. Pero todo esto, que parecería a primera vista la negación misma de la historia y su condenación, no es tal. Lo que hace Alfonso Reyes únicamente es poner el dedo sobre la capa de relatividad que cubre las cosas humanas. Y no se engaña; va hasta la entraña misma de lo que lo rodea, y sabe que a veces el hombre no tiene ante su vista sino las sombras de la caverna platónica.

Condena el escepticismo histórico, esa posición que declara la falsedad del conocimiento de nuestro pasado, la falta de veracidad en el resultado que pueda obtenerse de la investigación del pretérito, dejándole una posición relegada frente a las otras ciencias; lo condena, y se adelanta a defender la historia. A ésta —dice— no puede exigírsele más de lo que se exige a nuestras otras actividades. Es claro. Porque suele ocurrir que se ven en la historia pretensiones de querer lograr la explicación de cuanto pesa sobre la

(1) *Pasado inmediato y otros ensayos*. El Colegio de México, México, 1941. Pág. 7.

humanidad, siendo que sus fines se originan, como tantas otras búsquedas del espíritu, en la inquietud humana, en ese perenne afán de descorrer el misterio. Y si a veces se tropieza, si se cae en lugares que pueden tornarse peligrosos, no es error que pueda considerarse privativo de ella, como nos lo mostraría el repaso de los otros capítulos del conocimiento. Estos ataques a la historia nos acercan al problema tan debatido de si ésta puede o no elevarse a la categoría de ciencia. Quizá pueda darse una respuesta afirmativa si se toma en cuenta que tiene sus métodos propios, su objeto de estudio, sus principios que la rigen. Y en un amplio sentido, podría decirse lo mismo de todo lo que se alcanza a través de la lente del conocimiento; así Alfonso Reyes nos dice que algunos llamaron a la historia "ciencia" como pudieron llamarla "disciplina". Pero "otros la han llamado "ciencia" con una intención más ambiciosa, pretendiendo ver en ella un sistema de generalizaciones garantizadas para descubrir el pasado y prever el porvenir, y éstos, ciertamente, han exagerado y han desvirtuado el concepto de la historia, incomprendible sin el fermento de libertad y sin la modalidad distinta y exclusiva del suceder histórico." (2). Imposible, pues, exigir a la historia que, mediante cuadros determinados, regulados por leyes inalterables, nos de la visión completa, no ya de los hechos pasados sino de los que están por pasar. Y estos dos elementos, fermento de libertad y suceder histórico, tendrán necesariamente que surgir en todo concepto de la historia para poder comprender ésta y no caer en falsos y a veces ridículos resultados que no sirven más que para denigrarla al deformar su imagen. No puede ser de otra manera. No puede entenderse que ese *suced*, ese correr en el tiempo, esté sujeto a leyes determinadas que indiquen el camino y prevean los pasos futuros. Si el motor de la historia, su propio aliento, es el hombre, insatisfecho siempre y siempre dispuesto a extender su mano hasta donde ésta pueda llegar para modificar el ambiente, ese acontecer histórico, que en definitiva no es sino el suceder del hombre mismo, rechazará siempre esas leyes que pretenden imponérsele.

Esto no quiere decir que los hechos que forman nuestro pasado sean un producto del capricho o la circunstancia, pues detrás de cada situación se encuentra la intención humana. La historia marcha por caminos que tiende el hombre, y de ahí que no logre siempre comprenderse, por esa protéica estructura de la humanidad. Sobre esto dice Alfonso Reyes algo muy significativo: "Resultado de una intrincación de causas difícilmente discernibles,

(2) *El Deslinde*. El Colegio de México, México, 1941. Pág. 61.

la realidad histórica nos aparece de pronto como un arbitrario efecto del azar. Sentimos, de tiempo en tiempo, la tentación de someterla a una lógica humana de juego más explicable y sencillo." (3). En efecto, el material de que se compone la historia se nos presenta así, como un "arbitrio efecto del azar", inexplicable y sorpresivo. ¿Qué hacer entonces? No caer en la tentación de simplificar, de colocar cuadros fáciles, sino por el contrario, llegar a la interpretación, que es la verdadera labor histórica.

Aquí estamos, pues, frente al trabajo del auténtico historiador. No debe limitarse éste, claro es, a recoger los hechos del pasado, a desempolvar documentos, a recuperar valiosos objetos perdidos, sino que tiene que ir todavía más allá, tiene que trasponer esos linderos con objeto de ingresar en el campo del hombre que verdaderamente se interroga a fin de lograr algunos posibles resultados, sirviéndose para ello de esos descubrimientos. No puede negarse que la "materia prima" es elemento esencial de la historia, sin la cual ésta no existiría, pues es la base de la que se parte, y afirmar lo contrario sería caer en el error. Pero no lo es todo, y afirmarlo sería falso también, pues no realiza obra histórica el que únicamente reúne materiales. Si así fuera, la historia, dice Alfonso Reyes, sería labor de picapedreros, no de arquitectos. Porque se cree "que el descubrimiento de materiales y la producción de nuevos datos lo es todo, aunque se trate de insignificancias o redundancias. Y aunque sin descubrimiento no hay historia, tampoco y mucho menos la habría sin la narración y la interpretación. Pues de cada mil descubrimientos generalmente hay uno que verdaderamente importe. En cambio, donde no hay un buen relato y no hay una honda o siquiera clara inteligencia, ¿quién pretendería que hay historia?" (4). Estas palabras, en boca de Alfonso Reyes, tienen más importancia de la que puede parecer a primera vista, porque no hay que olvidar que durante su estancia en Madrid trabajó en el Centro de Estudios Históricos, en archivos y bibliotecas, manejando documentos y piezas históricas, y de lo cual resultó esa rica investigación sobre las letras castellanas, que comprende buena parte de su obra. Son de aquel tiempo sus ediciones de el Arcipreste, Gracián, el Cid, Ruiz de Alarcón, Góngora, etcétera, publicadas en *Calleja*, en los clásicos *La lectura*, o en revistas y luego en tomos aparte. Esta labor de investigación le colocó frente a las figuras principales de la España de entonces que realizaban trabajos similares, y el mundo

(3) *Los trabajos y los días*, "La Historia y la Menté". Ed. Occidente, México, 1945. Pág. 51.

(4) Obra citada, "Sobre el escepticismo histórico". Pág. 203.

literario y crítico de Madrid reconoció en Alfonso Reyes al auténtico erudito. Pero precisamente lo que agigantó su figura fue esta "especial erudición" que no cayó en la pura producción de montañas de notas. Pasó sobre los documentos, pero no se detuvo aquí. Siguió adelante, porque siempre consideró que la auténtica cultura está más allá del dato y la crónica. Pero, justamente, para llegar a ella atravesó el camino que le iba a conducir a su fin. No hay que confundir, entonces, la obra histórica con la pura recopilación de materiales, pero tampoco puede negarse que esta labor, además de dar al que la hace el estricto sentido de la investigación, le lleva al conocimiento del pasado a través de la interpretación.

Aquí tenemos, pues, esbozados algunos caracteres de la labor histórica, como la ve Alfonso Reyes. Pero esta visión que tenemos ahora no es completa, es decir, que tenemos que agregar todavía otras observaciones, porque él ya más allá. Frente a la labor material, a la colección de hechos pasados, y frente a la labor de interpretación, que da auténtico sentido a los trabajos del historiador, hay que colocar ahora la forma artística. Queda por ver, entonces, el aspecto estético.

No debe sorprendernos que Alfonso Reyes considere así la obra histórica. Es más, no podía ser de otra manera. Si nos acercamos a sus libros, de varia sabiduría, podremos darnos cuenta que giran en torno a un centro de gravitación: la belleza que anida en la palabra. Todo Alfonso Reyes, el poeta y el narrador, el ensayista y el crítico, trabaja y pule la palabra, ese instrumento de impura naturaleza, para que bajo su dominio ofrezca la armonía secreta, la íntima estructura, la que tras de sí, enlazada en discurso, es la manifestación misma del mundo de la idea. Este delicado laboreo del pensamiento no puede separarse de ninguna de sus obras, y ha guiado su pluma hasta encerrar en sus páginas la imagen huidiza, la que se pierde a veces en el laberinto de los conceptos.

Escritor por naturaleza, le acompaña la pluma en todas sus empresas. Nada extraordinario, entonces, buscar también la belleza en el relato histórico. Pero él no se refiere, sin embargo, a la belleza que provenga únicamente de la narración, sino que nos lleva hasta la que se encuentra en la entraña misma de la historia como pasado, como evocación, como representación de lo acontecido. Estamos ya frente al valor estético de la historia. Aquí, los materiales que trabaja el historiador, envueltos en la bruma de la distancia,

cobran una belleza singular, patética unas veces, encantadora otras, pero, en suma, poética siempre, nacida de esa recordación de las cosas pasadas. De aquí, entonces, surge la necesidad de enlazar esta belleza a la obra histórica misma, ropaje sin el cual podría extraviarse, como sucede a veces, en una árida narración salpicada de notas, pero sin la palpación de la palabra, que es capaz de hacer cobrar aliento vivo a lo tratado. Llega así Alfonso Reyes a la conclusión de que la historia, para llegar a ser una cosa viva, requiere del esfuerzo de la literatura. Después de todo, como él dice en ese libro producto de la "hora varonil de las abstracciones", *El deslinde*: "historia y literatura se mecieron juntas en la cuna de la mitología." (5).

Y así como hay belleza en el pasado y en la narración, puede haberla también en la interpretación. Esta cumplirá sus fines cuando se realice con esa vitalidad a que nos hemos referido anteriormente. No se excluye con ello la veracidad; por el contrario, ésta debe encarnar en una obra que persista dentro del orden artístico. Todo se complementa y todo forma parte de una sola estructura. "Dato comprobado, interpretación comprensiva y buena forma artística son los tres puntos que encierran el "triángulo de las fuerzas" y ninguno debe faltar." (6). Pero, no obstante, esto no sucede siempre, y nuestro autor insiste en que actualmente las artes de la narración y la interpretación se encuentran algo descuidadas, y explica así el fenómeno: "Lo que acontece es que las artimañas eruditas son reducibles a reglas automáticas fáciles de enseñar y que, una vez adquiridas, se aplican con impersonal monotonía. No pasa lo mismo para las artes de la narración y la interpretación, cuya técnica se resuelve en tener talento. Y como la inteligencia humana es de suyo perezosa, se arroja con voracidad sobre las recetas del pensar que prometen algún ahorro de esfuerzo." (7). Pero explicar —dice— no es absolver.

Es por demás interesante esta relación que establece entre la historia y la literatura, pues una y otra se ayudan, ya incrustándose el pasado histórico en ésta o bien tomando aquella, a falta de documentos, los temas literarios. Estos problemas de deslinde los estudia en el libro que mencionamos hace un momento, donde se ocupa precisamente de presentar a la literatura despojada de toda posible intromisión para pasar a desentrañar su contenido.

(5) Pág. 73.

(6) *Mi idea de la Historia*. Colección Camelina. Monterrey, 1949. Pág. 14.

(7) Obra citada. Pág. 17.

Dejemos esto por ahora, para seguir tras las observaciones que sobre la historia hemos encontrado en Alfonso Reyes.

Pero antes de abandonar esas relaciones entre historia y literatura, sería conveniente detenernos en un problema que importa a ambas, o sea el de la biografía. Esta se ocupa de presentar, dentro de determinado marco, el cuadro vivo de una existencia, y la dificultad radica en determinar si puede considerarse como una forma historiográfica auténtica o por el contrario como género literario únicamente. Cuando el biógrafo trata de rehacer la vida de un hombre, tiene que ocuparse, necesariamente, de una serie de factores indispensables para lograr su objeto, como son la época histórica, las circunstancias particulares que le rodearon, los resortes que impulsaron sus actos, en fin, todo aquello que forma parte de la vida misma por estudiar. Es innegable que la historia puede utilizar muchos de estos datos, iluminando así ciertos hechos que pudieran permanecer en la oscuridad. Pero precisamente aquí aparece el problema, porque si bien la historia puede usar de estas luces, también, con justo derecho, podría desconfiar de ellas, ya que pertenecen a un género literario, como es el ocuparse de casos individuales, siendo que la obra histórica por sus fines es panorámica y debe trascenderlos. Y separar lo histórico de lo que no lo es en una biografía (o autobiografía) es algo muy difícil si no imposible. Los ejemplos que maneja Alfonso Reyes son definitivos: Las *Confesiones* de San Agustín o las de Rousseau, las *Memorias* de Fray Servando o los libros que sobre su vida escribió José Vasconcelos, son casos patentes de esa dificultad, pues ¿cómo separar lo que interesa a la historia y lo que pertenece exclusivamente a las vidas privadas de estos personajes, mezclado todo en defensas y explicaciones de ideas o puntos de vista personales, apología de sus actos o condenación de los ajenos? "En suma, la biografía es género anómalo, sólo relativamente histórico. Algunos llegan a decir que es extrahistórico por esencia. No exageremos: es extrahistórico por definición convencional de la historia... Género comparable al retrato, es arte y también documento. Histórico por el giro mental, pero prendido, por su asunto, a las vidas particulares, como la literatura." (8).

¿Pero no se dijo hace un momento que la historia recibe el refuerzo de la literatura? En efecto, así es, y debe tenerse por entendido que si bien los recursos literarios no son la historia misma, son los que la transforman en una

(8) *El Deslinde*, Pág. 71.

cosa viva; son —así los llama Alfonso Reyes— "ficciones externas", que deben aparecer después de realizado el trabajo de investigación, cuando la pluma se encarga de recoger los resultados obtenidos.

En un libro de ensayos titulado *El suicida* y publicado en Madrid el año de 1917, hay unas notas que Alfonso Reyes escribió sobre la sonrisa. Entresacamos aquí algunas de ellas que pueden servirnos en el recorrido que estamos haciendo. Dice, entre otras cosas, que la sonrisa nos lleva a nuestras fuentes espirituales, ahí donde no aparece todavía el pensamiento filosófico, pero donde surge la primera opinión del alma sobre la materia. "Cuando el niño comienza a despertar del sueño de su animalidad, sorda y laboriosa, sonríe: es que le ha nacido el dios." (9). A través de estas y otras consideraciones, que no pretende que sean demostraciones sino índice de postulados, que a su vez le llevan a interrogarse sobre la confusión existente entre el hombre como ser natural, sujeto a las leyes del mundo, y el hombre que, por serlo, sanciona la realidad tras la ironía de la sonrisa, llega a decirnos lo siguiente: "Si el hombre no hubiera protestado, no habría historia —historia en el sentido común de la palabra—. El albor de la historia es un desequilibrio entre el medio y la voluntad humana, así como el albor de la conciencia fue un desequilibrio entre el espectáculo del mundo y el espectador humano. El hombre sonríe: brota la conciencia. Y el hombre se nutre de los elementos que le da el medio. ¿Sonríe por segunda vez? Protesta, no le basta ya la naturaleza. ¿Emigra, o siembra, o conquista, o forma las carretas en círculo como una trinchera de la tribu contra los ataques de las fieras? Pues entonces funda la civilización y empieza con ella la historia. Mientras no se duda del amo, no sucede nada. Cuando el esclavo ha sonreído, comienza el duelo de la historia." (10). El hombre inconforme e insatisfecho es la fuerza que empuja los acontecimientos, la chispa que enciende la historia, la que nos permite, desde nuestra posición actual, proyectar nuestra vista hasta veinticinco siglos de distancia. Si así no fuera, el hombre se hubiera estancado en el plano inicial, cerrados todos los caminos, cumplidas todas sus necesidades, negación misma de su ser histórico.

Años más tarde, al comentar Alfonso Reyes un libro sobre el positivismo en México, aquellas ideas vuelven de nuevo, enfocadas ahora desde otro ángulo. Si entonces nos dijo que la protesta del hombre funda la civilización,

(9) *El Suicida*. 2a. Edición Tezontle, México, 1954. Pág. 36.

(10) Obra citada. Pág. 42-43.

dirá después que la inserción del pensamiento en la vida hará posible que el hombre y la historia adquieran su cabal dignidad humana. Por encima de los hechos y los acontecimientos, se va trazando la línea del espíritu, ininterrumpida, continua, ascendente, gracias a una especie humana rica en posibilidades que toma la herencia de sus mayores para transformarla, modificarla, superarla, sin agotarla nunca. Nacen estas reflexiones al momento de aparecer una investigación que, al ocuparse de la filosofía positivista en nuestro país, llegará necesariamente a los tiempos en que el Ateneo de la Juventud, poco antes de que estallara el movimiento de 1910, apresuró su desaparición. Magnífica lección nos da Alfonso Reyes cuando, con el correr del tiempo, y frente a la labor de las generaciones posteriores que se ocupan de una época por él vivida y transformada, siente en carne propia el suceder histórico. "Seguramente —dice, refiriéndose al libro que comenta— que, al aparecer la segunda parte de la obra y cuando llegue a nuestros tiempos, vamos a encontrarnos rectificadas. No nos duelen prendas. La vida de la inteligencia es un camino de rectificaciones incesantes, en que se revela la fertilidad de nuestra especie ante una problemática siempre en movimiento. Lo que importa es la continuidad en el empeño. El empeño, en el caso, se reduce a la inserción del pensamiento en la vida." (11).

Enrique Díez-Canedo llamó a Alfonso Reyes historiador de lo inmediato cuando éste se ocupó de los problemas a que hizo frente el Ateneo de la Juventud, en un ensayo que hoy se hace indispensable para comprender las condiciones culturales y educativas de nuestro país al principiar el siglo, y útil también para explicar algunos de nuestros actuales problemas en estos aspectos. Aquí trata de la historia menos apreciada, la que todavía se mantiene fresca, es decir, del pasado inmediato, título mismo de este ensayo. En sus páginas encontramos la explicación de la transformación que se operó cuando intervino en la vida cultural de México un grupo de jóvenes que se enfrentó a los vicios y errores de una educación que no respondía ya a sus exigencias. Preludio del movimiento que cambiaría la faz de nuestra historia, los trabajos de esta generación marcan la nueva ruta y cobran importancia ante nuestros ojos; es necesario conocerlos para lograr una visión más amplia de nuestro siglo. Representa la corriente de ideas, los aires nuevos, la edificación de los cimientos culturales de nuestra época. Más allá de las

(11) *Los Trabajos y los Días*. "Dignificación de la Historia Mexicana". Ed. Occidente, México, 1945. Pág. 100.

armas, dice Alfonso Reyes, la historia se construye por la palabra. Y en esta transformación histórica de México, esa palabra fue el instrumento de Antonio Caso, de Vasconcelos, de Henríquez Ureña, de Martín Luis Guzmán, del mismo Alfonso Reyes y tantos otros, que con sus actos se aseguraron la paternidad de las generaciones posteriores. Así va tejiéndose el proceso histórico, en una continuidad precedida por la idea y por la palabra, a través de la cultura, "agente plástico" de la historia. Penetrar ahí será justamente la labor de interpretación a que debe someterse todo aquel que pretenda la reconstrucción del pasado.

Estas reflexiones y observaciones sobre problemas de la historia y su estudio, que hemos entresacado de la obra de Alfonso Reyes, desembocan en una teoría que descarta toda explicación exclusivamente "determinista" o "heroica" de la historia. Esta sería el resultado, según la primera de esas corrientes, de motivos supraindividuales. Queda ahí borrado el hombre como individuo para ser empujado por distintas fuerzas, según que la interpretación sea mística o espiritualista, naturalista o materialista. Por el contrario, la otra corriente explica la historia por la acción de unos cuantos hombres, verdaderos conductores de la humanidad, ya se les llame Héroe o Representativo, Grande Hombre o Superhombre. Por encima de todo esto, Alfonso Reyes entiende que la historia es producto de ambas fuerzas: las individuales y las colectivas, y cree que sólo alejándonos de ambos extremos puede dársele su integridad vital. Así se explica que vea realizado el destino del hombre, no en el individuo, sino en la total especie humana. Si encontramos una época histórica bajo el signo de un hombre, no puede sin embargo excluirse la sociedad que lo rodea, sin cuya fuerza palidecerían los hechos. Junto a los grandes hombres la colectividad cumple también su cometido, y llevada por éstos la historia sigue su marcha.

Así, va el hombre, a través del tiempo y del espacio, "este gusano de cuatro dimensiones que decía Proust", haciendo la historia y mirando atrás a cada momento, enlazando pasado y porvenir, alimentándose de preguntas para encontrarle un sentido a la vida. El tiempo, inaplazable e irreversible, pesa mucho sobre sus espaldas y sus interrogantes siempre abiertos le hacen robar horas al sueño. ¿Será quizá como lo ve Antonio, ese personaje que nos dejó Alfonso Reyes en una de sus últimas narraciones, que lindan con la invención y tienen carácter de divagaciones fantásticas, como dijera José Luis Martínez? En sus páginas, que también pudieran ser arranque de no-

vela, pero con caminos interiores, nos cuenta como Antonio adquirió la técnica de mantenerse en un estado intermedio entre la vigilia y el sueño, "falso equilibrio de meditaciones confusas." Así situado, y escogiendo para su reflexión la estructura del Tiempo, esto pasa por la cabeza de Antonio: "—El Tiempo: un caminar, una senda en marcha. Nos lleva, nos vive, nos gasta. Todo está presente, y todo, de toda eternidad. Nos movemos nosotros, no el Tiempo, que es inmóvil. Transportados en la barca del Tiempo, vamos descubriendo, por la orilla, este árbol, y luego aquel árbol, y ya presentimos el que ha de venir después, mientras recordamos el que hemos dejado atrás. Pero los árboles están ahí, impasibles. No se han ido los que pasaron; no acaban de crearse los que aparecen, porque ni se han ido ni aparecen. Todos estaban ya esperándonos. Cortés, visto a cierta distancia interplanetaria, aún está entrando por primera vez en Tenochtitlán: vive, pues, quieta y fijamente en algún nudo de la vibración luminosa que lo lleva, enlazado e ileso, a 300,000 kilómetros por segundo. Y la catástrofe que mañana habrá de aniquilarnos yace escondida en algún repliegue del universo: está aconteciendo constantemente: nos aguarda. En la *Previdida* de Sánchez Mármol (¿para que buscar autores lejanos?), se vive, por descuido y resbalón hacia atrás, lo que ya se había vivido. Así también puede haber quien se resbale hacia el porvenir. ¿No habéis advertido que algunos hombres desaparecen de súbito? ¡Se fueron tal vez al siglo XXII! Todo puede pasar: corremos peligro de *desexistir* a fuerza de existir. Los sueños de recuerdo y los sueños de premonición producen en el cuadro (de ayer o mañana) la misma refracción, el mismo temblor sobre una realidad siempre estática: la lente ha temblado, no el objeto. Porque en el soñar abandonamos los remos, nos salimos ya de la barca, y volamos en libertad a una y a otra parte. Y el retorno eterno de los griegos (popularizado por Nietzsche), este morderse la propia cola, significa que hemos emprendido un viaje en redondo: que nuestro camino, nuestro Tiempo, lejos de ser recto como juzga el sentir vulgar, se encorva y se cierra sobre sí mismo, como en el espacio de Einstein..." (12). Estas curiosas reflexiones, que encontramos también en *Oceana* y *Epónimo*, dos de *Los siete sobre Deva*, pasan por la mente del personaje de Alfonso Reyes. Sea así o de otra manera, lo cierto es que el hombre, incrustado en el tiempo, se interrogará siempre ante estas limitaciones de pasado y porvenir.

(12) *Quince Presencias*. Colección Literaria Obregón. México, 1955. Págs. 188-190.

Aquí nos detenemos. No vamos más adelante, porque el propósito fué únicamente seguir el hilo de las reflexiones que sobre estos problemas hemos encontrado en la obra de nuestro máximo escritor. Y no adelantamos conclusiones, porque esto no va con Alfonso Reyes. Todavía no se agota su mensaje, y además, hace poco escribió lo siguiente: "Aun no estoy embalsamado: estoy vivo, luego cambio constantemente; y el mundo, a mi alrededor, también está en perpetua mudanza."

Recojamos, por último, estas líneas escritas con su pluma de oro, que nos dan la dimensión perfecta de su pensamiento: "La verdadera y definitiva redención está en el conocimiento. Desde esta cumbre, la pesadilla de la historia es tan majestuosa como una tempestad en los mares. Por encima de nuestra miseria, el espíritu de la humanidad sigue renovando su morada."



UAN

RSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO
ECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA